



—No, señor: no importa que venga de Europa. Los reglamentos de la exposición no contemplan a esa especie.

La Arcadia

Linóleo Di Candia aspiró gozosamente el aire fresco de la mañanita de setiembre, e hizo unas flecciones escapulares. "Esto es vida", meditó para sus adentros. Deteniéndose un momento en el sendero del jardín, miró hacia la terraza de su hermosa casita propia, donde su santa esposa Emerenciana, los dos robustos y bellos mellizos y las tres nenas rubias como ángeles y regordetas como Cristina Morán, le hacían adiós con la mano. El día anterior, Linóleo acababa de pagar —con la retroactividad de su aumento de sueldo, que, por el reciente laudo, había sobrepasado en un 28% el alza del costo de la vida en el mismo período— la última cuota de la casita. Con el excedente, había redecorado el cuarto de las niñas, y comprado una bicicleta a cada una, un artístico cepo colombiano para los mellizos (que crecían algo diablitos) y un tapado de armiño para Emerenciana. Al entrar a su Fiat 1600, adquirido pocos días antes contra entrega de su vieja motoneta, gracias a la rebaja general de automotores producida por la promulgación de las nuevas disposiciones cambiarias, Linóleo pensó en su dichosa existencia actual. "Heme aquí —reflexionó mientras tomaba la Rambla para dirigirse hacia el centro, y la radio del coche deslizaba los arpegios del Concierto para Piano y Orquesta de Grieg— a los 35 años, en plena posesión de mis medios físicos y espirituales, con todo lo que un hombre prudente y sensato puede desear. Una adorable familia, comodidades materiales, un buen empleo... ¿Y a qué debo todo esto? ¿A mi buena suerte? En parte, sí; pero hay algo más, evidentemente". Linóleo frenó en algo la marcha, para dejar pasar a una deliciosa adolescente, que cruzaba la Rambla en short, llevando de la cadena a un danés (perro). Después prosiguió su meditación, exhalando azules bocanadas de su cigarrillo americano con filtro: "Hay algo más, es claro: es este bendito país. La democracia en acción, la justicia social, la cultura, el bajo porcentaje de analfabetos, un gobierno que ha excluido para siempre a los hombres fuertes. Es esta Suiza de América, en la que me ha tocado nacer. ¿Dónde, si no, un pobre infeliz como yo, nacido en La Cruz, departamento de Florida, mandadero de tienda hasta los 17, estudiante hasta Tercer Año de Liceo en el Nocturno, podría haber llegado a lo que yo he llegado? Y pensar que para esta profunda revolución social que hemos realizado en este pequeño país de América, no ha sido preciso exacerbar el odio de clases, ni hacer huelgas ruinosas para la economía, ni sacrificar a la libertad con sangrientos paredones. Todo ha sido hecho en elecciones libres, por la vía del juego normal de las Instituciones". Una lágrima de emoción se deslizó por la mejilla de Linóleo, y brilló un instante sobre el pantalón de tweed

inglés legítimo, para después evaporarse al sol de la mañana. Un anciano jubilado, que gozaba frente a las arenas de Punta Carreta del dulce clima nacional y del ocio noble que le proporcionaba su venturosa jubilación con escala móvil, sonrió al paso del pequeño coche color crema, con aquel joven tan apuesto y feliz, que sonreía al volante como un bendito.

Al llegar a la Ciudad Vieja, Linóleo estacionó en el lugar prefijado por los reglamentos municipales, sin ningún problema, pese a que eran las 11.30 de la mañana. El embotellamiento del tránsito había sido superado por las sabias disposiciones municipales. Después se dirigió a la Casa del Partido, donde los diputados correligionarios, todos los días de 9 de la mañana a 5 de la tarde (con horario continuo y con sólo media hora para almorzar) atendían reclamaciones y petitorios de sus votantes, a los que obedecían fielmente, cumpliendo las promesas electorales. Despachados sus asuntos, invitó al diputado que lo había atendido, a almorzar juntos. El noble legislador sonrió modestamente: "Le agradezco mucho, señor Di Candia —dijo, ruborizándose algo—. Pero no puedo; debo permanecer aquí, al servicio del pueblo". "Sólo veinte minutos, querido amigo —insistió Linóleo—. Ya se acabó el tiempo en que los restaurantes demoraban en servir. Esta es una nueva era. Y en todo caso, se vuelve en su coche". El diputado volvió a sonreír con dulzura: "Ya no tengo coche, señor —dijo—. ¿No recuerda que la semana pasada nos pusimos todos los legisladores de acuerdo en vender los obtenidos por la ley de autos baratos, y dedicar el importe a la edificación de viviendas en los rancheríos?" "Es cierto —exclamó Linóleo—. ¡Qué cabeza la mía! Bueno, adiós". "Adiós, señor —respondió el diputado—. Y a sus órdenes aquí, cuando lo desee. Si no puede venir, avíseme que yo iré por su casa".

De la Casa del Partido, Linóleo se dirigió al Palacio Municipal, caminando por 18 de Julio. Era un placer ir cruzando ordenadamente las calles, mientras las multitudes bien vestidas, y evidenciando poseer grandes cantidades de dinero para gastar en las cosas fútiles pero agradables de la vida, obedecían disciplinadamente a las luces del tránsito. Los escaparates se venían abajo de ropa fina, calzados, comestibles, televisores, bibelots y óleos legítimos de Carlos Páez Vilaró, rotulados con precios ridículamente bajos, lo que denotaba toda una política económica tendiente a estimular el consumo. Caras alegres, miles de automóviles último modelo, jacarandosos sonos de una cadena de altoparlantes que difundían al pueblo los más recientes éxitos de Billy Cafaro y Neil Sedaka, componían un animado cuadro democrático. Al llegar al Palacio Municipal, que

relucía al sol con el blanco estucado de sus dieciséis pisos y ostentaba en su explanada un bello jardín poblado de estatuas algo impúdicas, dos porteros corrieron a su encuentro. "Señor, a sus órdenes —dijeron—. ¿Deseaba algo?" Di Candia sonrió complacido. "¡Qué diferencia con otros tiempos!", pensó. Después, contestó en voz alta: "No, nada. Nada en especial. Pero me gusta venir, para observar cómo el Municipio sirve a sus contribuyentes". "A sus órdenes, señor contribuyente —gritaron aquellos dos fieles funcionarios—. A sus órdenes". Linóleo rebosante de orgullo patriótico, entró al edificio, donde fue recibido por un tercer portero. "Señor —exclamó el bondadoso empleado—. ¿No tendrá usted alguna devolución de impuestos a cobrar? ¿Cómo es su nombre?" Linóleo lo dijo, el portero consultó un fichero, y observó: "Efectivamente: en la Sección Vigilancia y Salubridad, tiene usted a cobrar \$ 319.78 por un error de percepción, más una bonificación del 12% y un aguinaldo de \$ 67.89, calculado como obsequio al contribuyente sobre los superavits municipales del año pasado".

Linóleo subió al piso correspondiente, cobró y, después de recibir como gratificación una dulce sonrisa de la pagadora, caminó por el amplio y lujoso hall de mármol y se asomó por la ventana, para ver a vuelo de pájaro el febril y encantador espectáculo de 18 y Ejido, donde un luminoso de 10 pisos de altura proclamaba: "VICTORICA TELEVISION. Canales 1, 2, 3, 4, 5 y 6. EMPRESA ASOCIADA: SAETA TV.". Fue cuando sintió el mareo. Le pareció que el piso se acercaba, creyó divisar luces brillantes delante de sus ojos. Un sudor frío le corrió por la espalda y se tocó con la lengua el paladar, seco como un Martini. Entonces el mundo giró vertiginosamente y Linóleo Di Candia, barbudo, mugriento, lleno de tics y contracciones neuro-musculares, con antebrazos acribillados de pinchazos de agujas hipodérmicas, despertó en su refugio habitual: un calabozo de la Cárcel Central, mientras un agente de guardia lo curtía a patadas. "Dale vo, morfinómano podrido —masculló el agente—. ¿Otra vez te estuviste dando la pichicata, eh?"

Uruguay no hay - como el uruguay
 - como el uruguay no hay - como
 no hay - como el uruguay no hay
 como el uruguay no hay - como el ur
 uruguay no hay - como el uruguay
 hay - como el uruguay no hay
 uruguay no hay - como el uruguay n
 - como el uruguay no hay - como
 no hay - como el uruguay no hay
 como el uruguay no hay - como el
 uruguay no hay - como el uruguay n
 hay - como el uruguay no hay -
 uruguay no hay - como el uruguay n
 - como el uruguay no hay - como
 como el uruguay no hay - como
 uruguay no hay - como el uruguay
 - como el uruguay no hay - como
 no hay - como el uruguay no hay
 como el uruguay no hay - como el
 no hay - como el uruguay no hay
 como el uruguay no hay - como el
 uruguay no hay - como el uruguay
 hay - como el uruguay no hay -
 - como el uruguay no hay - como
 uruguay no hay - como el uruguay
 no hay - como el uruguay no hay
 como el uruguay no hay - como el
 no hay - como el uruguay no hay -
 como el uruguay no hay - como el
 hay - como el uruguay no hay - c
 - como el uruguay no hay - como
 uruguay no hay - como el uruguay n
 como el uruguay no hay -

